

FOLIOS

Revista Folios

ISSN: 0123-4870

revista_folios@pedagogica.edu.co

Universidad Pedagógica Nacional
Colombia

Rodríguez Latorre, José Francisco

Carta a un joven que estudiará filosofía

Revista Folios, núm. 22, julio-diciembre, 2005, pp. 69-83

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=345955979008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

José Francisco Rodríguez Latorre*

Carta a un joven que estudiará filosofía

Letter to a youngster who will study philosophy

Sabes que tienen en común las carreras de ciencias religiosas, contaduría pública, enfermería y filosofía? Que para estudiarlas en la Javeriana solicitan el puntaje más bajo de toda la Universidad: 260 puntos en ICFES.

Resumen. A partir de una serie de experiencias personales y profesionales esta carta, más que un documento académico forma 1, es una reflexión sobre la profesión del filósofo, su formación y campo de acción en el contexto colombiano.

Palabras clave: filosofía, enseñanza de la filosofía, formación profesional

Summary. Using a series of personal and professional experiences, this letter, rather than a formal academic document, is a reflexion about the profession of the philosopher, his or her education and fields of action, in the colombian context.

Key words: philosophy, philosophy education, professional development

Querido amigo

Me dices que te picó el bicho de la filosofía, que ahora te interesa muy poco el desempeño de la Selección Colombia e incluso lo consideras un asunto trivial y alienante, tampoco te llama la atención el reality de las ocho y como si fuera poco andas peleado con tus padres. Mala seña. ¿De casualidad no te preocupa el sentido de la vida? ¿Quiénes so-

mos, de dónde venimos y para dónde vamos?, ¿Sí? Entonces tu situación es más interesante de lo que imaginaba. Estás en disposición filosófica.

Ahora entiendo por qué quieres saber las razones que me llevaron a escoger la carrera de filosofía veinte años atrás y cuál fue mi experiencia durante los años de estudiante. Tienes la vana ilusión de encontrar alguna pista que ilumine tu propia decisión, ahora, cuando el ingreso a la universidad te pone ante el imperativo de ser libre. De escoger por ti mismo.

* Director de la Revista de la Universidad del Rosario.
frarodri@urosario.edu.co

Con gusto acepto la invitación a responder estas dos preguntas, más pensando en lamentarme de tantas actitudes jartas del gremio filosófico, que esperanzado en serte de alguna ayuda. El panorama cambió tanto en los años ochenta y noventa, que toda mi perorata sonará desactualizada si la comparas con el presente, mucho más favorable para los estudiantes de programas de humanidades. Resígnate, pues, a recibir una pintura cargada de tintas subjetivas de un período reciente de nuestra educación y entremos en materia.

Podría asegurarte que mi decisión de estudiar filosofía fue más el fruto del azar que de una revelación, o del destino, (como suele creerse en estos casos vocacionales). En quinto y sexto de bachillerato, lo que hoy se entiende por décimo y once, siempre estuve muy activo, curioso, participativo, aventajado si tú prefieres, en las clases de filosofía. Me interesaba por los temas abordados, preparaba exposiciones, intervenía en las discusiones, en fin, bordeaba el límite de la antipatía con mis compañeros, sin sobrepasarlo, gracias a Dios. Era un alumno dotado para la especulación, y aunque esto podría constituirse en prueba de una cierta condición natural para la filosofía, te recuerdo que, por otra parte, la física, la química, las matemáticas y la historia eran igualmente de mi predilección; de suerte que pensar en una predisposición innata sería una concesión gratuita a las formas platónicas, según las cuales venimos al mundo con habilidades intelectuales propias, que la educación termina por dejar al descubierto. Bien podría haber estudiado medicina, agronomía, comunicación social, como era, y en efecto es, la situación de muchos jóvenes a quienes se les facilita el estudio.

Sabiendo de esta condición indiferenciada para el conocimiento, pasé los últimos meses del bachillerato seleccionando la profesión de mi vida. Esta operación se puede realizar por dos métodos. Uno, examinado en lo más profundo de la conciencia cuál es nuestra vocación irrenunciable. Ésta, normalmente, es la que nos inculcaron nuestros padres, y seguirla. El otro, descartando las opciones con

escaso atractivo hasta llegar a la menos mala. Yo opté por este segundo camino.

Luego de muchas exclusiones, mi pensamiento se vio atrapado en un péndulo vocacional. Oscilaba entre dos carreras posibles; de un lado, una profesión rentable que asegurase el futuro económico; de otro, una que mantuviera vivo el espíritu curioso e inquisitivo: ingeniería civil, parecía ser la solución ideal al problema económico, y filosofía la alternativa al conocimiento. Como ninguna universidad ofrecía ingeniería filosófica, no veía la solución ideal.

Llegó octubre de 1974 y, sin poder escapar a esta disyuntiva, me encaminé a la Universidad Nacional de Colombia con el propósito de inscribirme. Hice una cola larguísima, cerca de tres horas, junto con miles de estudiantes de todo el país. Llevaba el formulario diligenciado en un noventa y nueve por ciento. Faltaba una sola casilla por llenar, la más importante: qué carrera escoger. Me puse en manos del azar para resolver este trance. Me encomendé al impulso dominante en el último segundo, cuando estuviera frente a la ventanilla de recepción. Allí la suerte daría su veredicto providencial. A medida que se aproximaba el turno, mis ilusiones pasaban alternativamente de ingeniería a filosofía y de filosofía a ingeniería, tan irresoluto como el “asno de Buridán”. Cuando escuché: “el siguiente”, desde el interior de la oficina, marqué “Filosofía” sin pensarla dos veces. De este modo, un tanto aleatorio, resulté estudiando durante cinco años de pregrado y dos de maestría la dichosa carrera.

A un carisellazo se reduce, en muchos casos, eso que con el tiempo terminamos llamando pomposamente libertad. Posteriormente olvidamos las circunstancias que rodearon la elección.

Para ir a la segunda pregunta, ¿cuál fue mi experiencia durante los años de estudio? Concédeme un breve rodeo. Parodiando a Bertrand Russell, quien a los ochenta años confesaba que su vida había estado dominada por tres grandes pasiones: el amor, la solidaridad y la búsqueda de certezas, te diré, sin querer compararme, que la mía, a los cuarenta, ha estado

marcada por cuatro importantes inclinaciones, por cuatro ambiciosas búsquedas, no satisfechas del todo: la búsqueda de un amor duradero, de una firme y leal amistad, de una cantidad razonable de dinero para vivir con decoro y de un conocimiento cierto y bien establecido. Hablemos del seguimiento de estos cuatro tesoros. No de su encuentro.

Lo primero, el amor, como te podrás imaginar, se consigue con algo de perspicacia, de osadía y por supuesto de dinero. La perspicacia para fijar los ojos en la mujer adecuada, la osadía para vencer los escrúpulos y resistencias interiores propias de estas faenas, y el dinero para las primeras invitaciones que te permitan el acercamiento. Porque habrás de saber, las mujeres son los seres más adorables y machistas del mundo, y les encanta que las inviten. La combinación de estos tres ingredientes te acercará al éxito anhelado. O por lo menos, te entretendrá.

Lo segundo, una amistad sincera, es más complicado de alcanzar, pues depende tanto de uno el lograrlo, como de un cúmulo de azares y circunstancias que al conjugarse mágicamente, acercan a tu vida el alma gemela que habita en las cercanías. En mi caso, te puedo decir por experiencia que más en la amistad que en el amor he tenido la fortuna de lo que podría llamarse ‘amistad a primera vista’: observada la persona de mis afinidades, supe desde el primer momento que se trataba del amigo para toda la vida. Los encuentros de esta índole son muy esporádicos, pero con algo de paciencia terminan sucediendo. Como te darás cuenta por ti mismo, la amistad es más difícil de adquirir, los hallazgos se demoran o, sucediendo, no estamos alerta en el momento indicado. Sin embargo, una vez acaecen, todo transcurre con naturalidad: la charla fluye, la intimidad aumenta, y se genera ese delicioso clima de complicidad tácita que no cambiamos por nada en el mundo. Adicionalmente, el lazo se fortalece continuamente, y no se debilita, porque en la amistad no se mezclan, como en el amor, ni los celos ni el ansia de posesión.

Lo tercero, el dinero, que los filósofos se precian tanto de despreciar, aunque lo busquen tan afanosa-

mente como el resto de los mortales, sería hipócrita no mencionarlo. Sí, querido amigo, el dinero hay que tenerlo y ojalá en abundancia, para que en el presente podamos dedicarnos con serenidad al placer del pensamiento y en el futuro no dependamos de una exigua pensión estatal, que no alcanza para lo mínimo y nos obligue a redondear lo del arriendo dictando clases de segunda en universidades o colegios de tercera.

Por esto, mientras estés en la universidad, no pelees mucho con tus padres, agradece que te apoyaron para estudiar esta carrera de fracasados, de fracasados económicos, por supuesto; con ellos tendrás al menos techo y comida durante cuatro años, que pueden ser cinco o seis, según se estudie o no en una universidad pública. En cualquier caso, no te gradúes concluidos los estudios, o graduándote no les cuentes inmediatamente la buena nueva, así conservarás tu mesada y ganarás un tiempo extra para el estudio, sin regalar tu plusvalía en una taberna, haciendo turnos de noche por una miseria. Por lo demás, cásate bien o busca un familiar rico que te financie.

Hablemos ahora sí de la búsqueda del conocimiento. Permíteme tomar un espacio amplio para realizar este ejercicio en el que se enmarca mi encuentro con la filosofía, de modo que pueda darte una idea aproximada del programa de la carrera, de los compañeros con quienes compartí pupitre en la universidad, de los profesores que nos instruyeron, de las formas de argumentar imperantes, del panorama profesional que nos esperaba al término de los estudios, de nuestras esperanzas e ilusiones y, en fin, de los aspectos que en conjunto te darán un cuadro de mi época, pues hoy, como constatarás, las cosas vienen cambiando sustancialmente a tu favor.

Filosofía ¡qué programa!

Escogí Filosofía pensando ingenuamente que a través de ella podría colmar ese gusto por el saber que me animaba desde niño, de entender qué es y cómo es este multifacético universo en que habitamos.

Nada más alejado de la realidad. Puedo decirte con franqueza que mi tránsito por el programa, por sus ocho semestres, con los alargues académicos respectivos, junto con el postgrado, resultaron una continua frustración a este respecto. Con el paso del tiempo fui advirtiendo la profunda ignorancia de los filósofos en cuestiones de conocimiento positivo, comparados, incluso, con estudiantes de quinto o sexto de bachillerato. Se me dirá entonces: “bueno y por qué no cambio de carrera”, y yo diría: “Sí, ¿no?”

No deserté. Comencé mis estudios en un momento muy especial de la historia de las ideas en Colombia, cuando se iniciaba la segunda modernización de la filosofía en nuestro país: la primera estuvo a cargo de Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez y el grupo de fundadores del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, y la segunda a cargo de una nueva promoción de graduados en el exterior, que por los años setenta llegaba a Colombia, la mayoría con títulos en alemán o con estudios de filosofía germánica, lo que dio un tinte de mayor seriedad y rigor a las clases, aireando el ambiente provinciano y apolillado que se respira en nuestro medio.

Cuando ingresamos, la carrera tenía como columna central la historia de la filosofía. En cada semestre se estudiaba un autor principal: Platón en el primero, Aristóteles en el segundo, luego Kant, Hegel, Marx I, Marx II, Husserl, y en octavo un curso de filosofía moderna, que bien podía versar sobre Heidegger, Marcuse o algún filósofo catalogado de analítico como Russell, Wittgenstein o Popper. Aparte, materias como lógica, lingüística o empirismo resultaban accesorias con respecto a la columna vertebral histórica.

Los primeros meses de la carrera fueron de un gran desconcierto intelectual. Estudiábamos con profunda seriedad las afirmaciones más inocuas de cualquier pensador antiguo. La sentencia de Tales De Mileto: *El cosmos está hecho de agua*, era ocasión de los más encendidos debates entre los entendidos, deseosos de encontrar el sentido último

y esencial del texto. Lo menos que llegaríamos a suponer es que Tales se refería al agua de los mares, de los ríos o de los charcos que se formaban frente a su casa en una tarde de invierno, por descontado que no. Con esta mención al agua, él se estaba refiriendo, con toda seguridad, al elemento sustancial que late en todo lo animado e inanimado, que lo informa (en el sentido de *hyle* de darle forma) y le otorga el ‘ser’ particular. El término agua era aquí una metáfora, una disculpa para indicarnos una idea más profunda, más íntima. Tal vez se estaba refiriendo o se trataba de un éter indiferenciado similar al postulado en la mecánica clásica, ese líquido amniótico continente de toda la realidad material, y claro ya vemos que Tales es un precursor legítimo de Newton, pues en la mecánica racional, etc... En verdad la filosofía empezaba a apoderarse de nuestras mentes, despertando en nosotros una enorme pasión especulativa, un *pathos* arrollador, como diría mi maestro, y por lo mismo nos enceguecíamos un poco.

En el primer semestre, leyendo la *República* de Platón, al punto todos nos volvimos platónicos. En el segundo, estudiando *De Anima* de Aristóteles, sólo queríamos ser aristotélicos. En tercero, con la *Crítica de la razón pura*, nos volvimos kantianos furiosos; luego, sucesivamente hegelianos, marxistas o marxólogos (como se acostumbraba llamar a los marxistas que no militaban en un grupo revolucionario), husserlianos y, finalmente, heidegerianos o existencialistas o analíticos, según que el seminario de filosofía moderna, el último curso importante de la carrera, hubiese versado sobre alguno de estos autores o corrientes. Desde luego, nunca positivistas, pues esta elección, salvo casos excepcionales, era muy mal vista por las autoridades académicas de la universidad, llámense profesores, directores de departamento, estudiantes de semestres avanzados o jefes de grupos políticos.

La peregrinación histórica del pasado hacia la contemporaneidad, de Platón a Popper, producía en nuestras conciencias la impresión de estar avanzando en el conocimiento. Al dejar atrás unos autores después de otros, aproximándonos cada

vez más al presente, nos sentíamos progresando, dando pasos de gigante en el conocimiento, cuando en realidad lo único que hacíamos era cambiar de ídolo consecutivamente. El entusiasmo depositado en un autor se transfería al que llegaba por derecho propio. Éramos incapaces de tomar distancia crítica de los pensadores estudiados. Simple y llanamente concluido el semestre archivábamos, para mejor ocasión, los libros que estábamos leyendo, de la mayoría de los cuales sólo se leían los prólogos y los primeros capítulos (así, por ejemplo, de la *Fenomenología del espíritu* a duras penas se leyeron en todo el semestre la introducción y el prólogo, y dudo mucho que lo hayamos entendido). A decir verdad: ¿Habrá alguien que haya entendido a Hegel? Pues el siguiente semestre ya nos pisaba los talones y teníamos el imperativo de hacernos a nuevas bibliografías.

Sin embargo, este balance crítico lo efectuaban con algún éxito los militantes de grupos de izquierda radical, para quienes los autores estudiados eran pensadores idealistas y reaccionarios, de los que poco se podía aprender, pues como ya lo indicaba Marx en la undécima tesis sobre Feuerbach, “los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras, de lo que se trata es de transformarlo”. Un resultado similar lo logran hoy, con alguna facilidad, los jóvenes que leen a Nietzsche o a los posmodernos franceses en las cafeterías, despachando a los filósofos tradicionales por razones igualmente ideológicas, aduciendo que se trata de pensadores de la subjetividad, en una época en que el sujeto ha muerto o que el proyecto ilustrado de la modernidad está en bancarrota,... o etc.

Al finalizar la carrera venía una especie de crisis de vacación: o bien nos quedábamos estancados en el último autor estudiado o bien retomábamos alguna de nuestras viejas predilecciones y continuábamos siendo kantianos con algún conocimiento de causa o hegelianos o marxistas por idénticas razones. Buscando siempre una identificación freudiana con un padre más comprensivo. Esta elección se evidenciaba en el estereotipo verbal utilizado por cada uno

de nosotros al momento de expresarnos. Comenzábamos a ver cómo algunos compañeros se decidían a emplear, de forma natural y con mayor recurrencia, unos términos filosóficos en lugar de otros. Así, Darío decía repetidamente que: “la intencionalidad de esto y de aquello” y entonces sabíamos que se trataba de un husserliano, y Alejandro que: “las condiciones ideológicas de este discurso son tales y tales” y se trataba de un marxista en alguna de sus variantes: leninista, althusseriano o gorskiano; y Carlos que: “la alienación en cuanto etapa de la conciencia es superada por...” y lo veíamos como un hegeliano, y Luis que: “las condiciones a priori del sujeto así y así” y se nos revelaba como kantiano irredento; en fin, esa gama caricaturizada de los pocos autores a los que pasamos revista a lo largo de la carrera, nos servían de punto de referencia para identificarnos unos a otros, en nuestros gustos y preferencias. Con seguridad algunos de estos autores ya ni suenan ni truenan.

A esta altura te estarás preguntando cuál fue mi elección filosófica de último semestre y, claro, te la voy a confesar en unos instantes, luego de algunas aclaraciones preliminares. Mi caso no era esencialmente diferente al de otros compañeros, aunque sí existió un matiz que con el tiempo fue definitivo. Llegado el final de la carrera, cuando descreía visceralmente de la redención marxista (porque ese era otro ingrediente de la universidad pública, donde muchos profesábamos dos credos o le prendíamos velas a dos santos: éramos revolucionarios en la práctica y cualquier otra cosa en la teoría, platónicos inclusive), tuve libres mis capacidades analíticas y reflexivas para pensar nuevamente en serio en la filosofía. Quedó en primer plano una sensación insinuada desde el comienzo de la carrera y acrecentada con el paso del tiempo: que en la filosofía clásica alemana habitaba la insensatez. Venía completamente hastiado de la especulación hegeliana y de la verbosidad kantiana y husserliana, de manera que en octavo semestre, los dos cursos finales de la carrera aparecían cruciales. Tuvimos un seminario de Marcuse muy entretenido, leímos *El hombre unidimensional* de Marcuse y nos despe-

dimos del marxismo sin mucho complejo de culpa. El otro curso fue sobre filosofía contemporánea con un profesor muy viejo, que iba muy poco a clase, de modo que escasamente leímos dos artículos en todo el semestre, de los cuales sólo me interesa mencionar uno de ellos, *La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje*, de Carnap, para mí, una verdadera revelación. Después de cinco años de escuchar a los maestros hablar con tanta reverencia de todo tipo de filósofos especulativos, llega este positivista a poner en cuestión, de la forma más inmisericorde, a Heidegger, uno de los símbolos de la metafísica alemana, sometiéndolo a un análisis lógico-lingüístico en lugar de sumergirse en las profundidades de su pensamiento. Estrategia que resultaba y aún resulta chocante “para el criterio ambiente”.

Conocer a Carnap fue importante. En primer lugar, me sedujó su claridad. Se entendía desde el comienzo sin dejar lugar a equívocos mayores. Te podrás imaginar que esta virtud no le hace gracia a todos los filósofos, pues se interpreta como una forma de cortarles las alas a nuestro vuelo especulativo. En segundo lugar, a Carnap le sucedía lo mismo que a Bronowsky, Sagan, Gauss y Russell entre otros, no soportaba la especulación de la filosofía alemana e indicaba las razones por las que le restaba valor. En tercer lugar, coincidíamos en nuestro aprecio por las ciencias positivas, es decir, por el conocimiento bien establecido. El experimento de Torricelli sobre el vacío y la presión atmosférica, apoyado en razones tan breves como contundentes, no valían más que todo *Ser y tiempo*.

Con el paso de los años he venido a saber que son muchos los admiradores secretos de Carnap, quienes elogian sin reservas su estilo claro, su vocación de transparencia, su invitación a leerlo y criticarlo, entendiendo que sólo existe un diálogo fértil y estimulante con un texto comprensivo. Los filósofos dominantes inclinan nuestra cerviz al culto y la reverencia. Por supuesto, nadie suscribe hoy en día su positivismo lógico y su principio de verificación, pero sigue siendo un modelo de orden en la

exposición. Supongo que Popper lo tiene en mente en su más reciente libro *En busca de un mundo mejor* cuando presenta aquella conferencia sobre *La honestidad intelectual*, en la que hace idéntica esta virtud, con la claridad expositiva.

Por el contrario, los profesores y los grupos de izquierda nos vendían la idea de que la ciencia era un conocimiento de segunda. Sin conocer absolutamente nada de física, química o biología, pontificaban acerca de las maldades del positivismo como ideología del capitalismo, de modo que era superfluo conocer cualquier fórmula o cualquier evento de una ciencia particular. Llegamos a tener cursos de Kant, en los que era completamente irrelevante saber una línea sobre la mecánica newtoniana o sobre la geometría euclíadiana, no obstante que la *Critica* se escribió, supuestamente inspirada por estas ciencias, “nos movíamos en la esfera eminentemente conceptual compañero” y no le concedíamos un palmo a la intuición, a pesar, igualmente, del aforismo kantiano: “Conceptos sin intuiciones son vacíos, intuiciones sin conceptos son ciegos”.

La filosofía era de conceptos: “no entre aquí quien aspire a intuiciones” parecía ser la consigna de la época. El talante del filósofo parecía (¿parece?) medirse por su alejamiento del mundo circundante. Con enorme facilidad se olvida la máxima de Hume “antes de filósofo, soy hombre”. Cuando encontré a los positivistas comprendí con claridad la enorme pérdida de tiempo de esos años y traté de acortar el camino leyendo de aquí y de allá cuanto divulgador de física, química, biología y matemáticas caía en mis manos, buscando en ellos algo de esa sabiduría tan ausente en el departamento.

Hoy han cambiado un poco las cosas, los maestros son más respetuosos con las ciencias naturales, se preocupan por conocerlas, les hacen alguna publicidad, exhortan a sus estudiantes a tomar clases en los departamentos especializados, e incluso dictan cursos de filosofía de la ciencia en los ratos de ocio. Claro, ésta última preocupación viene unida a la lucha por los derechos de las ciencias humanas a ser

tenidas como ciencias con mayúsculas, sin distingo de clases, total gozan de “los mismos estatutos epistemológicos” que las ciencias duras.

Tal vez fue una gran lástima y una mala suerte haber conocido a Carnap apenas en el último semestre de la carrera. Igual, podemos creer que fue un azar favorable. Llegó en el preciso instante en el que estaba preparado para sacarle el jugo a sus irreverencias. Su principio heurístico es muy sencillo: “examinemos juiciosamente los textos filosóficos advirtiendo si respetan o no las normas de la lógica y de la sintaxis gramatical. Si las respetan, valen, si las infringen son sospechosos”. Es muy sencillo y poniendo en práctica esta regla mínima podemos deshacernos de mucha sofistería, te lo puedo asegurar, porque tristemente en “los clásicos de la filosofía” se encuentra mucha tela para cortar. En el sentido literal de la palabra.

Con esta norma de análisis presente resultaba desconcertante, por decir lo menos, una práctica común en el gremio filosófico de entonces que, por lo demás, demorará mucho en desaparecer: se trata de la obsesión por encontrar el sentido oculto de los textos antiguos y de algunos modernos, explicando lo que efectivamente dijo o dejó de decir el autor. Por ejemplo, se toma el término *techne* o *aporia* en la *Metafísica* de Aristóteles, y gastar años buscando la intención originaria y auténtica en que el pensador griego lo quiso emplear.

Esta práctica puede ser objeto de una contratación. Tomemos un caso distinto al de Aristóteles o de cualquier otro filósofo. Pensemos en un científico cuyos textos originales se encuentran igualmente en griego. Arquímedes de Siracusa, por ejemplo. ¡Qué ejercicio maravilloso para la inteligencia repasar una de sus demostraciones!, incluso la más sencilla de tantas que se encuentra en su obra. Por ejemplo, la demostración de la fórmula del área del círculo, (recordemos que para hallarla tenemos que aplicar la fórmula de pi erre cuadrado. Arquímedes muestra cómo el área del círculo es equivalente al área de un triángulo, cuya fórmula ya conocida es base por altura sobre dos;

en la que la base de ese triángulo es el perímetro de la circunferencia y la altura es el radio. Así, el área de ese triángulo sería igual a perímetro, la base, por el radio, la altura, todo sobre dos, pero como perímetro es igual a dos pi por erre, entonces nos queda que perímetro por radio es igual a dos pi erre, por erre sobre dos. Los doses se cancelan y queda pi por erre por erre, que es la fórmula buscada), teorema que el buen Arquímedes logra establecer en muy pocos pasos, comprensible para cualquier lector atento, sin mucha preparación matemática. Quien siga ordenadamente esta demostración podrá decir, cuando la entienda, lo que Galileo pregonaba respecto al lenguaje en que estaba escrita la naturaleza: “cuando comprendes cabalmente que dos más dos son cuatro, lo sabéis como si lo supiera Dios mismo, porque tienes en tu mente toda la verdad contenida en esta preposición. La diferencia entre Dios y tú no es de calidad, es de cantidad. Él sabe muchas más de esas preposiciones que tú, bueno, a decir verdad, Él sabe infinitas. Mejor aún, las sabe todas”.

Yo no he visto que los filósofos se devanen los sesos buscando el sentido último de cada término griego que empleara el sabio de Siracusa en sus demostraciones. Supongo que esta asimetría se debe a que en los textos de Arquímedes tenemos conocimientos y en los del filósofo... no estamos tan seguros. Sin embargo, por una rara obstinación continuamos empeñados en este tipo de análisis, ya con *ousia* en cada Diálogo de Platón, ya con *aleteia* en Parménides o con *logos* en Heráclito: como si esos devaneos nos aportaran un gramo de saber.

Leyendo el comentario de Heidegger a Parménides en su obra *¿Qué es Metafísica?*, célebre ensayo de cincuenta páginas acerca de un texto no menos célebre de dos páginas, comprendemos por qué es cierto eso de “no hace falta escribir muchos libros y ni siquiera un libro muy extenso, para tener un puesto en la historia”, basta expresarse con suficiente oscuridad, y la obsecuente tradición se dedicará a desempeñar el sentido esencial que esas obras encierran.

Otro descubrimiento pesumbroso, sentido en carne propia, fue constatar lo difícil que es razonar con los filósofos. Esta es una conclusión lamentable, confirmada una y otra vez por la experiencia. Fíjate bien en los filósofos y encontrarás que se dedican con preferencia a salvaguardar la ortodoxia de un autor, defendiéndoles de los ataques enemigos reales o imaginarios, antes de pensar auténticamente en un problema. En nuestro caso los cursos se limitaban a una exposición fiel del filósofo sin debatir seriamente sus presupuestos fundamentales y sin permitir la menor disensión del auditorio.

Descartes o San Agustín siempre tendrían la razón mientras duraba el curso. No obstante que el mismo profesor estuviese en un horario distinto del mismo día, dictando un seminario en el que Descartes o San Agustín eran convertidos en papilla, en consideración a que se trataba de un curso más avanzado en el que se analizaba un autor posterior. Nuevos Carneades que reciben la paga por demostrar la existencia a la inexistencia de Dios, según lo solicite el auditorio. En el mejor de los casos, cuando por una concesión graciosa el profesor acepta que uno de los estudiantes tiene razón, ese estado ideal de consenso difícilmente dura una luna. Al otro día, muy puntual, la exposición y la discusión comienzan nuevamente de cero y el autor de marras tomaba invicto el comando de acciones. Por ejemplo, se establece en la clase del lunes la falta de contenido de la idea del *superhombre* en Nietzsche; pues bien, el martes comenzamos hablando otra vez del *superhombre* como si fuese un concepto pleno de intuiciones.

Insisto, era difícil razonar con los filósofos. Siempre fue un enigma, porque nunca se planteaba en clase una pregunta como esta: dado que la *Critica de la razón pura* se elaboró, según lo expresa el mismo Kant, para explicar cómo son posibles los juicios *sintéticos a priori* que él da por supuestos, ¿por qué entonces no resolver, en primer lugar, la cuestión de si existen o no esos juicios *sintéticos a priori*, antes de abordar la *Critica*? De esta manera, una vez establecida la existencia de estos juicios,

sería pertinente el examen de la propuesta kantiana o, en caso contrario, la lectura de esta obra debería tener otras connotaciones. Sospechosamente ese tipo de preguntas se soslayaban de continuo, situación que se tornaba tanto más dramática si atendemos el comentario del etólogo de habla germana Konrad Lorenz, para quien es requisito indispensable traducir la *Critica* primero al alemán, antes de leerla, pues en el idioma en que la escribió Kant resulta ininteligible. Pero, como lo decía antes, los profesores se convierten en los salvaguardas de la pureza de la doctrina, en lugar de analistas de problemas.

Por qué no seguir, me pregunto, la sugerencia de Foucault de ver los libros como “cajas de herramientas”, de donde tomamos lo útil, atractivo, necesario, importante o vital, desecharlo el resto como “basura y sofistería que sólo merece ir a la hoguera”.

Me parece más varonil la actitud asumida por Galileo, quien alejado de Aristóteles, mucho más que nosotros, lo leía como si fuera un contemporáneo, tomaba lo valioso de sus escritos y lo demás lo refutaba con la mayor claridad a fin de establecer nuevas verdades.

No sé en qué momento se dio a luz esa máxima hermenéutica según la cual a los antiguos hay que tratarlos como a lactantes balbucientes empeñados en decirnos algo importante, sin lograrlo. Frente a ellos, los mayores, tenemos la obligación de entenderlos e interpretarlos a toda costa, aunque sólo se trate, como en el caso de los niños, de una pataleta; pues, supuestamente, ese es nuestro deber hermenéutico como posteridad que somos.

Kuhn cayó en lo mismo. Según él, los antiguos no balbuceaban, muy al contrario, eran constructores de sistemas de pensamiento tan consistentes como cualquier moderno e incluso mejores. En consecuencia, se trata de ponerlos en claro revelando su profunda racionalidad subyacente.

El ejercicio máximo del historiador, según Khun, consiste no en deshacer los párrafos oscuros o sin

sentido que encuentre, sino en preguntarse frente a ellos, con toda seriedad, cuáles pudieron ser las razones que llevaron a un hombre inteligente a sostener semejantes opiniones. De esta forma surgiría la luz y la coherencia allí donde todo parecía tinieblas. Así, en su artículo de antología acerca de los *Experimentos mentales*, publicado en *Tensión esencial*, muestra a la física aristotélica equivalente con la de Galileo, cayendo de esta forma en una suerte de culto a los clásicos, envueltos en una absurda paradoja a saber, que ellos sí sabían y nosotros somos unos ignorantes.

Con respecto a esta metodología aclaremos otra arista: siempre existe la posibilidad de encontrar una explicación *ad hoc* para cualquier fenómeno o texto que se requiera racionalizar a posteriori. Sólo se necesita de parte nuestra un poco de ingenio y de experiencia; por lo demás, la lógica nos colabora en esta actividad, de “zorras y uvas verdes” como diría Freud.

Reichenbach nos enseñó, hace bastante tiempo, que cualquier conjunto de datos siempre puede ser explicado por un número infinito de hipótesis: lo difícil no es hallar una, lo peliagudo es encontrar la correcta. Por ejemplo, el fenómeno de las mareas, ese vaivén de las aguas oceánicas con respecto a la costa, motivo de estudio de los fundadores de la ciencia moderna, se explicó por multitud de hipótesis incompatibles hasta dar con una aceptable. Para Kepler, su origen era atribuible a una influencia de tipo astrológico entre la Luna y la Tierra. Para Galileo, era un resultado secundario de la rotación de la Tierra sobre su eje, algo así como un movimiento inercial en la curva. Y para Newton, era el resultado de la atracción gravitacional de la Luna sobre la Tierra. No obstante, con un poco de osadía podemos proponer nuevas explicaciones, multiplicables *ad nauseam*. Las mareas son causadas por los caprichos de Poseidón, o por los vientos, o son las manifestaciones de la alegría de las aguas marinas, o etc.

Como lo decíamos más arriba, la filosofía ha dejado de ser la reina de las ciencias. Bueno, si

alguna vez fue ciencia, pues reina ha sido durante muchos siglos. Te preguntarás, entonces, en las nuevas condiciones, qué nos es dable esperar de la carrera, qué puedo conocer con certeza, qué es el hombre filosófico y te respondo que muy poco, a lo sumo gimnasta de la razón, y discúlpame que sólo me ocupe de hablar de la última de estas tres preguntas.

Suponiendo que no caigas en la tentación de militar en ideologías salvíficas de la humanidad, hoy en proceso de extinción, podrás tener un futuro en la filosofía, entendiendo que se trata de una forma de acrobacia en la que vas a medir las fuerzas de tu razón enfrentadas con la oscuridad de un autor, un texto, un párrafo, sin pensar que puedas aprender nada concreto de los autores leídos. Imagínate que estudiarlos es como saltar cuerda, trotar o respirar profundo, ejercicios preliminares de multitud de disciplinas deportivas, pero de ningún deporte en particular. En filosofía aprendes a seguir secuencias verbales oscuras, a establecer concordancias inconcordancias lógicas, a recomponer argumentos antiguos, pero no a producir saber. Con el tiempo y la disciplina llegarás a ser un buen revisor fiscal de los conocimientos elaborados por otros y esa no es una responsabilidad pequeña.

Ya hablamos de la carrera, de su plan de estudios y de algunas prácticas perniciosas de la tradición; centrémonos ahora en los estudios, su condición de ingresos, sus apetencias intelectuales y sus vicios.

Filósofos subdieciséis

Al momento de ingresar a la carrera, los jóvenes manifestábamos tres características sicolintelectuales bien definidas: una baja capacidad analítica, una neurosis manifiesta y un gran amor por la palabra.

Hablando en general (y cuando digo en general, debe quedar claro que no digo absolutamente todos, digo simplemente, la mayoría), los estudiantes que ingresaban a las carreras de humanidades no eran jóvenes con mucha capacidad analítica, en ellos

destacaba más el vuelo especulativo. La mayoría venía huyendo de las matemáticas, de la física, de la química en busca de un ambiente menos riguroso, adverso a las ciencias naturales y en el Departamento de Filosofía la encontraban, es decir: “se reunía el hambre con las ganas de comer”. Si hicieramos un cotejo estadístico de los documentos de inscripción, no sería raro encontrar que los aspirantes a estas carreras humanísticas tenían los puntajes más bajos en los exámenes de estado de toda la universidad.

Hoy sabemos muy bien, los exámenes del ICFES no sólo miden la memoria de los estudiantes, como ingenuamente alegaban los revolucionarios que luchaban contra los planes estatales de educación, también dan cuenta de las habilidades analíticas de los bachilleres, de razonamiento abstracto, de razonamiento espacial, de su cultura general, de sus competencias comunicativas, de su capacidad de argumentación, amén de otros factores de su entorno sociocultural: escolaridad de lo padres, ambiente favorable o desfavorable de estudio en el hogar, conocimiento del mundo, y sigue un largo etcétera.

Por lo tanto, un bajo puntaje en el ICFES ineludiblemente nos ubica en un rango académico. Esto tiene de largo como de ancho. Si bien a las humanidades, filosofía incluida, ingresan por término medio los estudiantes con puntaje de 300 para abajo, y esto da un perfil; cuando aparecen los de 320 para arriba destacan con facilidad. Con esos buenos puntajes se es cola de león en medicina, pero cabeza de ratón en filosofía y, como decía el pensador del barrio Restrepo, esto último es siempre mejor.

Una segunda característica de estos jóvenes era su psicopatología. Teníamos, por lo general, algún tipo bastante adelantado de neurosis, de suerte que no la podíamos ocultar con facilidad y, por una extraña creencia, nos acercábamos a la filosofía en busca de curación. Se trataba de darle un sentido a nuestras vidas, de encontrar un sustituto paterno o religioso que trazara la ruta perdida. Esta misión la cumplió muy bien la iglesia en su momento y ahora la búsqueda del éxito y el dinero ayudan

mucho con esta complicada tarea. Sin embargo, por ignorancia, muchos tocamos las puertas de la filosofía. Con el tiempo y con las novias esta presión del inconsciente cedía ya bien adelantada la carrera, haciendo indiscernible, para nosotros en ese momento, cuál había sido el origen de la cura. Buena suerte para la filosofía, que se justificaba por un *argumento elenchi*.

A esta ausencia de una capacidad analítica, junto con una neurá acentuada y la búsqueda de un sentido para la vida, se sumaba un tercer rasgo muy característico de los estudiantes en aquel entonces: un afecto desmedido hacia *il profesore dilettanti*. Ese maestro que se eleva a las nubes para capturar el concepto, al que da pena interrumpir cuando especula, como le pasaba a Moore con Wittgenstein. Ese era el profesor ideal y si no se le entendía, mucho mejor. Esto no es una suposición gratuita, está firmemente corroborada por la experiencia. Bueno, en la medida en que el cotejo empírico tenga alguna cabida en los estudios filosóficos. He tenido experiencias con estudiantes tanto de filosofía como de otras profesiones, a quienes les he preguntado al término de una conferencia cómo les ha parecido la exposición, recibiendo respuestas disímiles en ambos casos.

Por lo general, el estudiante de Derecho, Medicina o Física reconoce abiertamente que no entendió nada o entendió muy poco, en tanto que el filósofo no cabe de la dicha, “excelente conferencia”, dice. El punto, en estos casos, es cómo puede ser excelente una conferencia que no se entendió, si como decía el padre de la filosofía moderna: *el buen juicio es la cosa mejor repartida del mundo*, todos estaban en idénticas circunstancias mientras la escuchaban. El caso me lo confirmó recientemente un profesor de la Universidad Nacional, reacio a asistir a unas conferencias programadas por el Departamento: “¿para qué asisto si no voy a entender más allá del 10%?, mejor la leo con calma cuando la publiquen” me decía. Si eso le sucede a él, con título de doctorado y la experiencia de escucha muy afilada, qué no le pasará a un pobre ciudadano común y corriente que llega inopinadamente a una charla de estas. Sin

embargo, he tenido la ironía de escuchar a filósofos nóveles comentar en los términos más elogiosos una conferencia sobre Deleuze, “más oscura que mi conciencia”.

Hace un año tuve una experiencia patética a este respecto. Asistí a la conferencia de un profesor español, quien expuso con algún detalle la idea según la cual Kant resultaba bastante inepto en cuestiones de ciencia. La argumentación se apoyaba en textos menores y en la correspondencia del filósofo de Konisberg. Allí quedaba claro el poco conocimiento de Kant en asuntos de física, química y cálculo matemático, por no mencionar su astrológica ignorancia respecto de la lógica. No sé qué tan fundamentado estaba lo expuesto por este profesor español, lo cierto es que su conferencia fue recibida con un baldado de agua, con un témpano y una indiferencia que aterraba. Nadie intervino siquiera para mostrar un desacuerdo o formular una pregunta. A la salida, algunos comentarios acerca de la charla la descalificaban por mala. No sé qué querían decir con esto. A mi modo de ver lo único que podía hacerla mala sería la falsedad de lo expuesto y esa no parecía ser la situación.

Luego de algunas indagaciones comprendí en dónde radicaba el enojo de los colegas, lo que los mortificaba. De una parte, el conferencista mancillaba a uno de los pequeños dioses de la congregación y, de otra, había violado el código de honor de los filósofos, la ley sagrada, la *omerta*, el principio máximo del conferencista, filosófico a saber: que no se le entienda cuando discurra. A este profesor se le entendía todo desde el comienzo: se veía qué problema quería presentar: la ignorancia de Kant respecto de la ciencia. ¿Cuáles eran los puntos de esta ignorancia?: la física, la química, el cálculo y la lógica. ¿Cuál era la bibliografía de apoyo?: esta y aquella; en fin, una conferencia al alcance de cualquier auditorio atento, lo que resultaba a todas luces imperdonable.

Al rato hubo otra exposición, esta sí con todo el apartado crítico tradicional, citando a Kant, ediciones A y B, no se le concedía un palmo a la intuición,

el lenguaje limpio, incontaminado, “formas puras de la intuición sensible, anticipaciones de la percepción, noumeno, fenómeno, deducción tradicional, a-percepción puro del yo como condición a priori de toda experiencia, en cuanto sujeto empírico”, etc. Y lindezas por el estilo, así durante una hora y el público feliz, en ocasiones parecía que entraba en éxtasis, que levitaba, pero no, se mantenían en sus puestos, no querían ir al cielo y perderse de esta maravillosa plática, de la que no entendían nada, pero podrían aprender muchísimo.

En resumen, los pichones de filósofos éramos un poco neuróticos, poco analíticos y hasta románticos, y nuestros maestros nos paladeaban y complementaban. Hablemos pues de los maestros.

Los maestros

Los conocimientos impartidos por los maestros tienen, como es obvio, el lenguaje por vehículo natural, el discurso, la palabra. Veamos de qué manera se hacía accesible a nosotros esa sapiencia.

En matemáticas y en lógica tenemos demostraciones en el estricto sentido de la palabra. Partiendo de premisas o postulados bien establecidos, arribamos a conclusiones necesarias. En las ciencias naturales tenemos demostraciones y “mostraciones” (y discúlpeme el neologismo). En las demostraciones, partiendo de conocimientos ya establecidos podemos alcanzar conocimientos aún no establecidos. Por ejemplo, sabiendo el peso del aire obtenemos por deducción la altura de la atmósfera. Y en las “mostraciones” podemos indicar que algo sucede de cierta forma, por ejemplo, que el agua está compuesta de dos gases y sometiéndola a un proceso de electrólisis la descomponemos en hidrógeno y oxígeno, o que Júpiter tiene satélites, indicándolo con el telescopio.

En la filosofía no tenemos ni demostraciones ni experimentos, entonces, ¿qué tenemos? Retórica, amigo mío, pura retórica, pero no te alarmes. Perelman, el pensador belga, la reivindicó en el Primer

Mundo y en Colombia varios profesores la han hecho todo lo respetable que tú quieras.

¿Que tipo de retórica? Bueno, ese ya es otro asunto. Digamos que la retórica moderna se ocupa de establecer cuáles son las estrategias argumentativas que siendo informarles son correctas: el razonamiento por analogía, la argumentación por el contrario, por el ejemplo, y aun el argumento *ad hominem* que siendo falacia pueden ser ganadas para la causa argumentativa. ¿Son entonces estas las formas como argumentan los profesores de filosofía? Te preguntarás, y siento desilusionarte, ellos ejecutaron formas más efectivas de ganar adhesiones, encontraron un camino más corto para atraer la voluntad del auditorio, y esta sabiduría no la encontrarás en ningún manual. Toma algunos botones para que estés alerta.

Hablar confuso empleando la jerga de algún notable

En mis tiempos se acostumbraba dictar conferencias no en alemán, ni en inglés, sino en idioma hegeliano, marxista o fichteano, mucho más difícil de entender, inteligible a medias y sólo a los iniciados en la doctrina. Tengo la impresión de que esta práctica viene cambiando y ahora podemos asistir a buenas conferencias, incluso en cristiano, sobre temas esotéricos de filosofía moderna. Por supuesto, quedan aún rezagos de aquellas épocas y nos vemos enfrentados en ocasiones a exposiciones con mezclas híbridas e hipócritas, la mitad de la charla en oscuro, simulando filosofía, y la otra en español, para que tengamos la impresión de estar entendiendo: aunque el claro y el oscuro no tengan nada en común. En segundos te voy a dar un ejemplo de este tipo de práctica cuando mencione el incidente de “la carta metafísica”.

Hacer afirmaciones constraintuitivas sin pestañear

Esta estrategia es muy común entre los filósofos; aunque sigue siendo muy efectiva, es difícil de de-

tectar cuando la ponen en práctica. Unos ejemplos nos abrirán los ojos. Afirmaciones como “todas las ciencias necesitan un fundamento metafísico” son constraintuitivas, pues vuelven obligatoria una cláusula que a duras penas se puede justificar para una ciencia en particular. Otro ejemplo de este tipo de enunciado lo escuchamos recientemente en el debate sobre la enseñanza de la filosofía en Colombia: “el único reino absoluto de la libertad es el pensar, pues él no se rige por ninguna regla, él se da a sí mismo sus propias reglas”. ¿Qué querrán decirnos con enunciados como estos? ¿Acaso es posible pensar como queremos? ¿Retrocediendo en el tiempo, por ejemplo? ¿Imaginándonos espacios de más de tres dimensiones? Proezas todas ellas situadas más allá de nuestras facultades.

Defender paradojas

Las paradojas encantan a los filósofos: no tengo espacio suficiente para explicarlas en detalle, pero un lector atento las advierte con alguna facilidad. Veamos dos ejemplos; tomado del *Discurso de Metafísica* de Leibniz: “unos seres son más reales que otros”. Frases como esta, tan de los filósofos, no dejan de encerrar dificultades insalvables a la hora de entenderlas, pues aquí “real” no puede traducirse por otros conceptos equivalentes, tales como más grande, más capaz, más poderoso, o conceptos por el estilo. Aquí “real” es igual a existente, y cualquier persona sensata entiende que todos los seres en cuanto existentes, son iguales entre sí, simplemente existen y ya.

Otro enunciado con el mismo problema es el siguiente, presente en muchas teologías: “Somos libres y Dios es omnisciente”. Piénsalo un poco y verás la contradicción. Si somos libres nuestras acciones futuras no están predeterminadas de ninguna forma, pues son libres por definición. Ahora bien, si Dios lo sabe todo, incluido el futuro, ineludiblemente terminaremos realizando aquello que Él sabe, luego no somos libres. Podríamos continuar indefinidamente, pero sólo quiero traer unos ejemplares de esto.

Dan respuestas muy largas y complicadas a preguntas cortas y claras

En ocasiones nos tocaba soportar disertaciones de más de hora y media, respondiendo a preguntas u objeciones que se formularon en veinte segundos. Esta es una estrategia eminentemente retórica en el sentido peyorativo del término, pues se busca la adhesión del auditorio por físico cansancio, logrando adicionalmente desestimular la participación del contradictor en el debate.

Ante una objeción fuerte sostener que en el futuro se absolverá, y decir en el futuro que en un momento intermedio del pasado ya se absolvío.

Simular el razonamiento

Estrategia que consiste en intercalar cada cierto número de frases, términos como *entonces, luego, por tanto, en consecuencia, de lo anterior se deriva que*, etc., para dar la impresión de estar obteniendo conclusiones válidas de los enunciados precedentes, cuando sólo se está haciendo uso de ellos de manera impertinente. Tarea agobiante, entonces, resulta limpiar de esta escoria el discurso de un *dilettanti* que emplea estos conectores con el único objeto de impresionar.

Emplear términos definidos para conceptos indefinidos

O, dicho de otra manera, emplean reiteradamente términos muy generales a los cuales no se les puede asignar una intuición que establece su uso y permita manejarlos de manera adecuada. A la frase: “a la silla le falta una pata” es fácil asignarle un referente con fines de utilizarla en el diálogo. Una oración como esta nos sirve para comunicarnos con el carpintero y solicitarle un servicio. Como este caso tenemos miles y miles de ejemplos de comunicación exitosa. No sucede igual con los enunciados de la filosofía moderna de este corte. “Occidente (con mayúsculas) depende esencialmente de la noción del sujeto”. Una sentencia sencilla, profunda, filosófica, pero incomprendible. Obviando las dificultades inherentes a *sujeto* y *esencialmente* nos queda ese *Occidente*

con mayúsculas, que cobijan culturas y naciones, historias, filosofías, religiones y esto y aquello. ¿Cómo abarcar con la mente este elefante?

O cojéme este trompo en la uña, tomada del postmoderno Lyotard: “Auschwitz refutó la modernidad”. O este otro de uno de mis maestros: “Démosle otra oportunidad a la razón”. Conceptos todos ellos con mayúsculas para que se sepa que hablamos de algo grande. Discurrir en este terreno es perfectamente imposible. Cada interlocutor tiene en mente ideas diferentes cuando emplean los términos: Occidente, Modernidad o Razón, de modo que se suscitan discusiones de nunca acabar, justificando de paso la mala fama de los filósofos de discutir, no sobre ideas, sino sobre palabras.

Refutación por gesticulación

Hacer mala cara, mirar despectivamente al opositor mientras está exponiendo, de modo que lo turbe mos y se enrede o, en todo caso, se haga innecesario una refutación “ante palmaria tontería”.

Este es apenas un breve resumen de las más notables estratagemas empleadas en mi época, pero también existen otras utilizadas hoy por los profesores y que comienzan a ser recopiladas por los estudiantes curiosos. Circulan ya en fotocopias (no en mimeógrafo, como nos tocaba a nosotros); veamos algunas de esas.

“Demostración por tarea”. Cuando un tema se complica o un alumno hace una pregunta impertinente, se le deja de tarea.

“Demostración por gesticulación o manoteo”: Consiste en agitar expresivamente las manos para convencer al auditorio que uno relativamente “maneja” el tema a su antojo, pero no tiene la manera de expresar oralmente, y menos por escrito, las profundas ideas que desea comunicar.

“Métodos de las incoherencias convergentes”: que no vale la pena exponer por ser autoevidente.

La comunicación entre nosotros, la acción comunicativa y argumentativa de los filósofos, como te darás cuenta, fue siempre ardua.

El tipo de discusiones en la clase a lo largo de la carrera no era muy diferente de una situación que nos ocurrió a un colega de nombre P. y a mí hace ya algún tiempo, en lo que hemos llamado el incidente de la “carta metafísica”. Transitábamos en carro por el centro de Bogotá y de casualidad sintonizamos en el radio una emisora abierta toda la mañana, de nueve a doce, a la perorata metafísica y al esoterismo. La locutora invitaba a los oyentes a comunicarse por carta con el gurú de turno, formulándole las dudas más profundas que nos agobiaran, en la certeza de encontrar en él la respuesta definitiva. Oyendo esto y aprovechando que por una casualidad de la vida llevábamos la *Fenomenología del espíritu* para feriarla en la diecinueve. Tomamos del Prólogo una cualquiera de esas parrafadas de Hegel y compusimos la siguiente carta, simulando una duda propia.

Apreciado profesor L.:

La presente para comentarle que desde hace años nos tortura la idea de no entender por qué, en efecto, la cosa no se reduce a su fin, sino que se hallan en su desarrollo, ni el resultado es el todo real sino que se halla en unión con su devenir, el fin para sí es lo universal carente de vida, del mismo modo que la tendencia en simple impulso privado todavía de su realidad y el resultado escueto simplemente en cadáver que la tendencia deja tras de sí. Así mismo, la diversidad es más bien el límite de la cosa; aparece allí donde la cosa termina o es la que ésta no es. Como sabemos que sus amplios conocimientos de filosofía y metafísica estamos seguros de recibir de usted pronta respuesta a nuestras inquietudes.

Fenomenalmente sorprendidos,

P y P.

Muy divertidos pusimos la carta en el correo, a la dirección indicada, pensando ingenuamente en poner en aprietos conceptuales al pintoresco personaje. Cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar en el apartado aéreo (no había internet) ocho días después la respuesta de nuestro querido metafísico, redactada en los siguientes términos:

Fenomenales amigos:

No desesperen del Ser ni de ser. Los distintos niveles energéticos o cuánticos que componen la realidad se encuentran a favor de los perseverantes. Ninguno de los grandes sabios de la antigüedad, pone seriamente en duda este principio nivelador de la conciencia. La dimensión astral, vibra constantemente en interrelaciones siempre armónicas, siempre circundantes, siempre paralelas que nos apaciguan emocionalmente. Nuestro destino es inefable y metafórico, y la única posibilidad de discurrir es la conciencia plena.

Gracias por su comunicación.

En esto soy,

Profesor L.

Como podemos observar este es un ejemplar de discurso híbrido. De un lado jerga, energética, astral, vibracional, oscura ella, y de otro perseverancia, emociones, etc., comprensible, pero sin conexión real entre ambas. No obstante, como decía Borges: “Por malo que sea un escrito, siempre se salva algo aunque sea una línea”. En esta carta esa línea es la despedida: “en esto soy” es definitivamente poética y original.

Así como al estilo de polémica predominante en mis tiempos: el profesor hablaba de un asunto y los estudiantes de otro, precisamente de lo poco que conocíamos. Situación muy bien caracterizada por un joven caleño, participante en el primer congreso de estudiantes de filosofía en 1980, quien durante la clausura del evento pidió la palabra y contó el siguiente chiste:

“Ustedes se parecen –nos dijo– al niño desaplicado que quiso mejorar su reputación en los exámenes finales, preparando a fondo el examen de biología. Estudió en detalle lo relacionado con el gusano, único tema estudiado en esa materia: hábitat, reproducción, alimentación, etc. Llegó al día señalado, con la conciencia tranquila, al salón de clase. Lo sabía todo. Dice entonces la profesora: “saquen una hoja y respondan la siguiente pregunta única, expliquen todo lo que sepan acerca del...”, y Juanito pensaba para sus adentros: “sobre el gusano,

pues fue el único animal estudiado en el curso...”, “...acerca del elefante”, dice la maestra. Sin dejarse amedrentar por tan pequeño incidente, Juanito comenzó a responder: “el elefante es un animal muy grande que tiene una patas grandes y unas orejas muy grandes y un moco muy grande. El moco del elefante es arrugado como un gusano. El gusano es un animal terrestre, habita en las frutas maduras y en los animales en descomposición, su capacidad de adaptación es tan grande que...”. Así somos o así éramos los filósofos, hablando continuamente de nuestros gusanos, Locke, Habermas, Adorno, aunque se estuviese hablando del *I Ching* o de *Metrodoro* de Quios.

Entonces, ¿qué podemos esperar del filósofo?, bueno, del pensador podemos esperar una lección de arrogancia. La humildad es una cualidad desconocida para los filósofos de todas las generaciones y eso no está del todo mal en un país que como el nuestro carece tanto de autoestima. El mismo profesor que

nos presentó a Carnap nos sorprendió un día en clase con esta pregunta: “¿saben jóvenes en qué están de acuerdo todos los filósofos?”. Improvisamos varias respuestas como “que el conocimiento o el tiempo o la moral son los temas centrales de la filosofía”, a lo que el sabio maestro nos corrigió: “no señores, todos están de acuerdo en que sólo ellos tienen la razón”.

Junto a la lección de inmodestia, aprenderás con los filósofos una jerga, un vocabulario culto o semiculto que simula sapiencia. Posibilidad que compartimos con otras áreas del saber, nada muy diferente a un médico diagnosticando disritmias, hipohomeostasis, oclusiones, eccesamas endematosos, osteoporosis, etc. Pero cuidado, a diferencia de ellos el filósofo puede convertirse en una persona predecible, tanto como abuse de su instrumento verbal.

Joven, aquí me despido, pinté un cuadro y no tengo buen pincel.

Bibliografía

- AYER, A. (1972). *El positivismo lógico*. México, Fondo Cultura Económica.
- KANT, I. *Critica de la razón pura*. Barcelona, Alfa-guara.
- KUHN, T. (1990). *La tensión esencia*. México, Fondo Cultura Económica.

- POPPER, K. (1994). *En busca de un mundo mejor*. Barcelona, Paidós.
- REICHENBACH, H. (1983). *La filosofía científica*. México, Fondo Cultura Económica.

ARTÍCULO RECIBIDO EL 28 DE MARZO DE 2005 Y APROBADO EL 7 DE OCTUBRE DE 2005